

# LA VERDAD

AÑO V.

SANTANDER 8 DE ABRIL DE 1887.

NÚM. 1.260.

## Boletín Religioso

Santo de hoy.— Santos Dionisio, Alberto y Perpétuo, y el beato Juan de san Agustín.

## LA VERDAD

Santander 8 de Abril de 1887.

### LA SEMANA SANTA.

#### III.

Para los cristianos el día de Viernes Santo es todo él de recogimiento y oración. Los negocios mundanos se olvidan y la mirada va á fijarse en el monte Calvario, que allí hay recuerdos grandes que nunca el hombre ha de olvidar, aunque pasaran á cientos las generaciones por este mundo; allí el dolor purificante, el dolor que engendra mártires y ángeles, tiene su más grande manifestación en el dolor y tristeza del Divino Jesús; allí el amor de la Virgen aparece en toda su intensidad. Ante tanta grandeza, nuestro espíritu se repliega y medita, el corazón se comprime y una triste melancolía embarga todo nuestro ser, no acostumbrado á recibir emociones tan intensas, á celebrar acontecimientos tan extraordinarios. Porque no se trata de contemplar solo la pasión y muerte de un hombre justo, inmolado por la perfidia humana; lo que hoy conmemoran es el sacrificio de un hombre en quien la misma muerte, si bien se mira, es el mayor de los milagros, de un hombre que por la infamia de su muerte se eleva á la más alta cumbre de la gloria, de un hombre que muriendo en una cruz, triunfa por la cruz de la idolatría, doma la soberbia del mundo, y coloca la cruz sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad, en una palabra, presenciamos el sacrificio del Hombre-Dios que mucho antes de que sucedieran, sabiendo mejor lo que pasa por el pensamiento del hombre que el hombre mismo, relata hasta las pequeñas circunstancias de los acontecimientos de que Él va á ser parte principalísima.

Y si ese Dios muere por el hombre, compadecido de sus grandes culpas que le condujeron á una situación deplorable, si muere por salvar á la humanidad elevándola sobre las miserias que la empobrecían y aniquilaban, ¿qué debemos hacer los hombres en obsequio á nuestro amorosísimo Redentor? Asociarnos al dolor de su pasión, hacernos partícipes de su sufrimiento y procurar que no se hayan derramado en vano para nosotros la sangre del divino Jesús y las lágrimas de su Inmaculada Madre. Somos desgraciados, atravesados por el infortunio pasa nuestra existencia por este mundo, luzar de destierro; tenemos que apurar el cáliz de la amargura y necesitamos, pues, consuelo para sobrellevar nuestras aflicciones. Ese consuelo le hemos de encontrar en la meditación constante de la agonía de Jesús; esta será manantial purísimo de resignación, abrirá el corazón á esperanzas, y en medio del océano de infortunios por el que navega nuestra pobre existencia, vislumbraremos puerto de segura salvación. Hay dolores que purifican el alma, hay tristezas que la dignifican.

Sufrimos al considerar el crimen cometido por Jerusalén condenando al divino Jesús, y parece como que nos sentimos avergonzados de que la tierra, que nosotros pisamos, haya sostenido tanta podredumbre sobre sí; pero al imaginarnos el dolor que Jesús sintió en su divina pasión y la intensidad del padecer de María Inmaculada, nuestra alma se siente regenerada, porque vé con claridad que hay algo más en el mundo que ruina y desolación, miserias y orfandades, que hay ideas elevadas que enno-

blecen á la humanidad y la levantan de entre el lodo de la tierra hasta el Cielo; y esta consideración nos consuela y anima á vivir y luchar contra toda clase de adversidades, por grandes que sean, y hace que á una caída propia de la flaqueza humana venga un impulso noble de la energía moral, que pareciera dormida. De suerte, que de la tristeza que sentimos por la muerte del divino Redentor, podemos elevarnos regenerados.

En efecto; existe un sentimiento nobilísimo que explica y une todos los actos de Jesús, sentimiento que cuando se posesiona del corazón humano, crea ángeles que desaparecen por doquier el bien y la ventura; ese sentimiento, venido del cielo, porque la impureza de la tierra no le puede engendrar, hace que el mismo Dios tome carne mortal y sufra y padezca hasta morir en una cruz; ese impulso noble, es el amor.

Por amor á los hombres y compadecido de las miserias que los envuelven en ruinas y los hacen nadar en sangre, sufre y padece Jesús; por ese sentimiento celestial, consiente ser vendido y escarnecido, azotado y muerto en ignominiosa cruz, desde la cual pronuncian sus labios divinas palabras que constituyen un canto de triunfo al amor más puro y perfecto; llevado del amor, Jesús ensalza la pobreza y abate la soberbia, rompe en mil pedruzcos las cadenas opresoras del esclavo, crea la familia, ennoblece las nacionalidades y en cuanto, cumplida su misión sobre la tierra, asciende á los cielos resplandeciente, no nos deja abandonados porque quedan esparcidos en ella gérmenes de ese amor que movió y alentó su vida; gérmenes que, desarrollándose en pechos nobles, crean esos héroes que se presentan impávidos en medio de los horrores que ocasionan las miserias humanas, que besan la pálida frente del moribundo caído al golpe del instinto feroz del odio, que atraviesan los desiertos en busca de inteligencias y de corazones que ennoblecer, que recogen al anciano desvalido y al niño abandonado para alimentarlos y cuidarlos con una solicitud y ternura propias de ángeles más bien que de humanos seres.

¡Cuánto nos consuela el amor del Divino Jesús! Despierta en nosotros esperanzas risueñas que matan dolores acerbos; somos enfermos que esperamos una próxima curación; somos deserrados que vemos adelantar con rapidez el momento de besar el suelo de la patria querida. Sin ese amor, el mundo hubiera sido juguete de la bestialidad del más fuerte. Ved lo que sucede cuando el amor falta en el corazón de algunos pueblos; poseídos de una fiera desoladora, todo lo convierten en ruinas, demuelen las ciudades, asolan la campiña y clavan el puñal en el corazón del hermano, y á todas partes llevan el llanto y la desolación; pero cuando el amor del divino Jesús deja sentir su benéfica influencia, el alma humana se complace en declarar con sus obras que es hija del cielo, y entonces sucede que el poeta canta, en versos de dulce melodía, las grandezas del hombre, el sufrimiento huye concediendo una tregua que recupera las fuerzas perdidas, la consoladora paz cicatriza las crueles heridas ocasionadas por el odio y por todas partes se nota el reinado de la felicidad.

¡Oh si los hombres nos amáramos como quiere el divino Jesús que nos amemos! Entonces el déspota caería de su trono, los malvados dejarían de deshonrar al mundo con sus actos, las leyes serían justas, los pueblos caminarían á pasos agigantados á su perfección y la bendición del cielo descendería sobre todos los mortales. Si esto muchas veces no sucede, culpese de esto á ese otro sentimiento bárbaro que animó á los que sentenciaron á muerte al divino Jesús y que amargó todos sus actos, al egoísmo de aquellos hombres esclavos de ruines pasiones y de vicios repugnantes. Porque el Re-

dentor del mundo, que era todo amor, tuvo que luchar desde el comienzo de vida humana, con una sociedad que desconocía por completo esa virtud, en que se iba á basar la civilización cristiana, y en la lucha entre el amor de Jesús y el egoísmo del mundo antiguo, éste parece vencer consumando el crimen del Calvario, pero á poco cae vencido y se apodera orgulloso de las almas el nuevo sentimiento venido del cielo.

Segun vemos, podemos pues, encontrar grandes consuelos en la pasión y muerte del Divino Jesús; meditando en ellas nuestros dolores perderán su intensidad y la esperanza no permitirá que la desesperación anide en el alma.

Pero si después de contemplar al Divino Redentor en su agonía, se fija nuestra mirada en la figura de María Inmaculada, que, circundada de dolorosa corona, está al pié de la Cruz, nuestra tristeza tomará más proporción, pero será á medida que se aumentan nuestras consoladoras esperanzas. Porque pensar que tantas lágrimas y tantos dolores no han de servir para nuestra redención, es un pensamiento nada cristiano.

Contemplemos un instante á María Inmaculada al pié de la Cruz.

Para comprender la extensión de su dolor, no basta saber como sienten las madres, sería preciso conocer en toda su intensidad el dolor de Jesús; porque Jesús y María comparten en la eternidad una misma gloria y ambos comparten en el tiempo unos mismos sufrimientos; si el Padre y el Hijo están en un mismo trono, la Madre y el Hijo están en una misma Cruz; ambos son, como dice un célebre escritor, dos espejos opuestos que mirándose recíprocamente, por una especie de emulación, todo lo reciben multiplicando los objetos hasta el infinito.

Si María Inmaculada sufrió tanto que merece participar por igual de la gloria alcanzada por el divino Jesús, es además la figura más poética de la redención humana, la reina del dolor que tiene consuelos inefables para todos los que sufren el infortunio de esta vida, la que al poeta inspira versos de sublime cadencia, al pincel del artista obras inmortales, la que dá fortaleza al brazo del guerrero cristiano para vencer en mil combates, la que atiende la oración del atribulado, la estrella de los mares que guía la embarcación á puerto seguro y la que recibe en fin las bendiciones de todo pueblo cristiano.

Fermin Bolado Zubeldía.

### LA MUERTE DE JESÚS.

*Sic Deus dilexit mundum.*

No le quedaba ya á Jesús nada que hacer más que morir. Entró, pues, en el silencio, y el sol se oscureció. Estas tinieblas, que comenzaron después de la crucifixión, y que duraron hasta que Jesús exhaló el último suspiro, no eran la noche á la manera que no eran el día los alegres resplandores de Belén; era una especie de duelo y de estupor de la naturaleza, la señal celeste que los judíos habían pedido. La veían sin comprenderla, del mismo modo que iban también á recibir sin comprenderlo el signo de Jonás.

Era cerca de la hora nona, esto es, á las tres y media de la tarde, según nuestra manera de contar. Adán, después de su pecado, oyó la voz de Dios en el jardín á la hora en que la brisa se levanta después de la mitad del día. En esta misma hora el nuevo Adán, reparador de todas las cosas, saliendo de su silencio, exclamó con fuerte voz: «Eli, Eli, lama sabachani. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis desamparado?» Son las primeras palabras del salmo XXI, que profetizaba la Pasión, describiendo sus principales circunstancias. Jesús las

declaraba cumplidas, y al mismo tiempo sometido como hombre á la pena del abandono interior, revelaba así el mal oculto y el más amargo de sus padecimientos.

A fin de que se cumpliesen las Escrituras, Jesús dijo momentos despues: «¡Tengo sed!» Ya habia dirigido esta misma palabra á la Samaritana. La sed que le atormentaba era sed por la salud de las almas. Aquí se presenta con el mismo sentido de amor divino y al mismo tiempo como expresion del padecimiento físico. Habia allí un vaso lleno de vinagre; uno de los presentes empapó una esponja, la puso sobre una caña y la acercó á los labios del Crucificado, que gustó el brebaje. Ya el profeta habia escrito: *tenia sed y me han hartado de vinagre*. Ya no faltaba ninguno de los rasgos del sacrificio: Jesús dijo: «*Todo se ha acabado*.» Despues, levantando de nuevo la voz: *(voce magna)*, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» E inclinando la cabeza espiró.

Murió dueño de la muerte. Semejante libertad de inteligencia y de voluntad sobre la cruz, aquella manera de cumplir todas las circunstancias anunciadas por los profetas, este gran grito, esta fuerza que vuelve despues de tan largo suplicio, revelan la plena libertad de Aquel que habia dicho: «Puedo dejar la vida, y puedo volverla á tomar.» Otras señales manifiestan al instante la gloria de Dios hecho hombre: rasgóse el velo del Templo, dejando fugarse á los antiguos misterios, tembló la tierra, los sepulcros se abrieron y algunos cuerpos resucitaron.

Tambien salieron algunas almas del seno de las tinieblas. El centurion romano que habia presidido á la ejecucion exclamó: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.» Y mientras este gentil alababa á Dios en alta voz, los judíos, atemorizados, se volvian apresuradamente á sus casas golpeándose el pecho.

Ninguno confesaba el crimen, y la mayor parte le deploraban, solamente porque empezaban á temer que el nombre de Jesús no pereceria.

Jesús, dueño de todos los accidentes de su muerte, cumplia las profecías como profeta. Sabiendo lo que la herejía inventaria para negar la realidad de su sacrificio, cuidó de arreglar todas las circunstancias á fin de poner á salvo este pan que habia de alimentar al mundo.

Desde los primeros siglos de la Iglesia todos los sofismas que hoy salen á luz estaban ya inventados, y á ellos habian respondido los Santos Padres con argumentos que conservan toda su fuerza. El Hijo de Dios, dicen, no ha padecido en su naturaleza divina: pero como hombre ha padecido y era preciso que padeciese.

Si despues de haber vivido en la tierra hubiera desaparecido de repente, se le hubiera tomado por un fantasma. Del mismo modo que se prueba la incombustibilidad de un vaso sometiendo á la accion de las llamas y retirándole intacto, del mismo modo el Verbo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se ha servido para la redencion del género humano es á la vez real y superior á la muerte: entregándole á la muerte demuestra su naturaleza; retirándole de la muerte, su divinidad.

Hizo este milagro para acabar con la locura que deificaba á hombres mortales, enseñando con esto que el único Dios verdadero es aquel que, triunfando en la muerte de la muerte misma, la arrastra triunfante entre sus trofeos. No murió por triunfar personalmente, sino para destruir la muerte del hombre; y hé aquí la razon por la cual, abandonando su cuerpo voluntariamente y en virtud de su poder, ha padecido, sin embargo, una muerte pública y violenta.

Si su cuerpo hubiese estado enfermo y se le hubiera visto disolverse, pareceria muy extraño que el que curaba todas las enfermedades fuese víctima de ellas. Si despues de muerto en la soledad y sin enfermedad se hubiera presentado de nuevo, ¿cómo creer en la realidad de su muerte y de su resurreccion, ya que es preciso morir antes de resucitar? ¿A qué conducia que anunciase públicamente su resurreccion, si su muerte habia de ser secreta? Él no quiso cargar demasiado á la fé ni dar lugar á las imposturas que los hombres no dejarían de inventar para negarse á creer.

¿Se dirá que hubiera debido al menos elegir una muerte gloriosa y evitar estas espantosas ignominias? ¡No! ¡no! Debía su mejilla á las bofetadas, su frente á la corona de espinas, su rostro á las salivas, su espalda á los azotes; sus piés y sus manos á los clavos, sus labios á la hiel, su costado á la lanza, todo su cuerpo á la Cruz. Convenia que fuesen vistas las manos que le habian tocado, convenia que estas ignominias pudiesen servir de bálsamo fortificante en lo

futuro á las víctimas de la crueldad y de la injusticia, convenia iluminar con resplandores las heridas del inocente y ver correr como un bálsamo consolador hasta en las llagas merecidas del culpable; era preciso que en lo sucesivo, en la profundidad de los calabozos, en la abyeccion de los presidios, pudiese lucir el vivificante sol de la cruz.

¡Una muerte dulce! ¡Una muerte gloriosa! Veriamos á la imbecilidad humana atreviéndose á sospechar que Dios no tiene poder contra toda especie de muerte. El atleta derriba al enemigo que se le opone, y Aquel que es la vida, derribó á la muerte tal y cual se le presentaba.

La más cruel, la más infamante, la más universalmente maldecida desde los antiguos tiempos, la más á propósito para rodearle de desprecio y de olvido, es la que Él quiso vencer, para vencer con ellas sus oprobios y maldiciones. No es decapitado como Juan, ni mutilado como Isafas, ni destrozado como los demás reos condenados al suplicio: era preciso que su cuerpo quedase entero é indivisible en la muerte y no sirviese de pretexto á los que quieren dividir la Iglesia. Muere con los brazos extendidos sobre la Cruz, á fin de atraer con una mano al pueblo antiguo y con la otra á las naciones llamadas para reunir las en Él. Muere «alzado en alto» para expulsar los demonios del aire y preparar el camino que lleva al cielo.

«Y Dios estaba en Jesucristo, reconciliándose el mundo.»

LUIS VEUILLOT.

LA ÚLTIMA GOTA DE SANGRE.

(LEYENDA.)

El soldado Longinos bajaba pensativo por la cuesta del Calvario, el Viernes Santo al atardecer. Apoyada en el hombro llevaba la lanza con que habia abierto el costado de Cristo.

Una gota de sangre habia quedado en la punta, tibia aún, roja, é iba á caer sobre el polvo del camino.

Dios la depuró un cáliz. A la orilla del sendero brotó de pronto un tallo, sobre el tallo formóse un capullo, y el capullo se abrió: era una azucena blanca como los mantos de los ángeles.

La gota de sangre cayó en la corola, y la corola volvió á cerrarse.

Longinos no habia advertido el prodigio y habia seguido su camino.

Pero uno de los arcángeles que rodeaban el Calvario, se habia separado de las celestiales huestes y habia seguido al soldado. Prostróse y cogió la flor.

En seguida echó á volar, y apenas entró en el cielo, plantó la bella azucena en el jardin de los ángeles.

Cada primavera brotaba un nuevo tallo, pero el capullo no se abria. Cuatro ó cinco veces, no obstante, á través de los siglos, estuvieron á punto de abrirse los pétalos de la azucena, y aún dejaron transpirar un perfume suave, suave... Era cuando en el mundo habia almas enamoradas del Sagrado Corazon...

El arcángel prostrado esperaba entonces que la hermosa azucena iba á abrirse, pero permanecia más y más cerrada.

—¡Señor!—decia, haced florecer la azucena del jardin de los ángeles.

¡El Señor mandó al capullo que se abriese y un aroma embriagador inundó el paraíso, luego se inclinó la corola y la gota de sangre cayó! La gota atravesó todas las esferas celestes, las estrellas que la veian caer lanzaban todos sus rayos, y la gota de sangre aparecia roja como púrpura y con cien mil bellísimos cambiantes.

Cayó, cayó en un rinconcito del mundo, donde oraba en una humilde iglesia una niña postrada con las rodillas desnudas en tierra.

Era entre las dos elevaciones de la misa, y la niña decia unas palabras que repetia con delicia sin que atinara á comprenderlas.

«¡Oh, Dios mio! Os consagro mi pureza y os hago voto de perpétua castidad.» (1)

Cuando se incorporó despues de la segunda elevacion, vió una gota de sangre brillante como el fuego, que caía sobre ella: la recogió en sus manecitas, la llevó á sus labios, y como las flores beben el rocío, así bebió ella la gota de sangre.

Desde entonces ardió su corazon siempre en su pecho.

La niña era Margarita María Alacoque, y la iglesia la del castillo de Terreau en Borgoña.

La devocion al Sagrado Corazon acababa de ser sembrada en el mundo con la última gota de la sangre preciosísima del Costado de Cristo atravesado en el Calvario.

(1) Vida de la B. Margarita, escrita por ella misma. Vida y Obras, t. II, pág. 290.

Desde entonces, la sangre de Jesucristo bebida en la Sagrada Mesa, enciende en los pechos generosos la devocion al Corazon Sagrado.

(De El Mensajero del Corazon de Jesus.)

EL TEMPLO DE JERUSALEN.

SU FUNDACION, DIMENSION Y OBJETOS PRECIOSOS QUE CONTENIA.

El año 3000 del mundo, ó 1004 antes de Jesucristo, el rey Salomon hizo construir este templo en el monte Moria, en el sitio donde David vió al ángel ejecutor de la justicia divina con la espada desnuda y levantada. Siete años se tardó en la construccion de él: se dividia en cuatro partes, contenidas todas dentro de un mismo muro, á saber: el vestíbulo de los gentiles, el de los judíos, el de los sacerdotes y el *Sancta Sanctorum*.

El vestíbulo de los gentiles tenia 500 pasos de circuito, y en su circunferencia habia una alta galería sostenida por muchas columnas de mármol, con cuatro puertas hacia las cuatro partes del mundo. De este vestíbulo se pasaba al de los judíos, rodeado tambien de primorosas galerías; el pavimento era de mármol de diversos colores, las paredes estaban cubiertas de oro finísimo, y las puertas de planchas de plata. De este vestíbulo se pasaba al de los sacerdotes, que tenia 40 codos de largo por 20 de ancho: en su centro estaba el altar de los holocaustos, todo de bronce, cuya altura era de 10 codos; á sus costados tenia 10 copas ó vasos grandes de bronce, adornados de figuras, y además al lado derecho habia otro gran vaso sostenido por 12 bueyes, todo del mismo metal.

En seguida estaba el pórtico, que tenia 20 codos de largo y 10 de ancho, desde el cual se entraba en el templo sin techedumbre, que tenia 60 codos de largo y 20 de ancho. A los lados habia 10 candeleros grandes, de brazos, otras tantas lámparas y 10 mesas de oro. Por último, se entraba al *Sancta Sanctorum* que tenia de largo 20 codos, otro tanto de ancho, é igual altura, cuya mitad estaba cubierta de oro, y otra mitad de oro y piedras preciosas. Además encerraba los tesoros siguientes:

- 10.000 candeleros de oro.
  - 10.000 mesas cubiertas de oro y una muy grande toda de oro.
  - 20.000 copas de oro.
  - 160.000 id. de plata.
  - 100.000 redomas de oro.
  - 200.000 id. de plata.
  - 80.000 fuentes de oro.
  - 160.000 id. de plata.
  - 50.000 palaucas de oro.
  - 100.000 id. de plata.
  - 20.000 vasos de oro.
  - 40.000 id. de plata.
  - 20.000 incensarios grandes.
  - 50.000 id. pequeños.
  - 1.000 ornamentos pontificales guarnecidos de piedras preciosas.
  - 200.000 trompas de plata.
  - 240.000 instrumentos de oro y plata.
- Tal era el grandioso templo de Jerusalem en tiempo de Salomon, segun lo refiere Josefo.

Seis lustros cuenta apenas de vida el Hombre-Dios, que placentero, Sufriendo un mar de penas, Desata las cadenas Que por siglos arrastra el orbe entero.

Tú solo immaculado, A quien siguen millones de querubens, Pagar es tu cuidado La deuda del pecado Y á dar satisfaccion al árbol subes.

Tu ardiente labio hostiga Canalla vil y agrava fieros males; Con acre hiel mitiga La sed de quien prodiga Del líquido elemento los raudales.

Tu regia frente inclinas vencida del dolor. Horrendo estrago En tus sienes divinas Han hecho las espinas, ¡Amargo sin igual, acerbo trago!

Las férreas, las impuras Cadenas á los míseros esclavos Romperlas Tú procuras, Cosiendo santas, puras Tus palmas á la Cruz con fuertes clavos.

Y sangre corre y brota Del cuerpo perforado. Mústio el suelo En onda pura flota Y ardiente nunca agota Aqueste Don riquísimo del Cielo.

¡Oh Cruz! Tú por ventura, Entre todos el árbol más fecundo Que crece en la espesura, De inmensa desventura

Mitigas el rigor acá en el mundo;

Y al Cielo llega erguida Tu vasta copa: el bien doquier derramas, Al tronco mi alma asida De esa sávia nutrida La grata sombra tome de tus ramas

¡Oh! sola digna fuiste, Que al Cielo satisfizo, sacra ofrenda; Y, tinta en sangre, á triste Espúrea raza diste De paz, de amor incomparable prenda.

Y siendo estos despojos El fruto de la culpa ¡ay! mortales, Torrentes de los ojos Aplaquen los enojos Que al Hombre Dios causaron tantos males

PERDÓNALOS, QUE NO SABEN LO QUE HACEN.

Vinagre y hiel para sus labios pide, Y perdon para el pueblo que le hiere; Que como solo porque vive muere, Con su inmensa piedad sus culpas mide.

Señor que al que le deja no despide, Que al siervo vil que le aborrece quiere, Que porque su traidor no desespere, Á llamarle su amigo se comide:

Ya no deja ignorancia al pueblo hebreo De que es hijo de Dios, si agonizando Hace de amor por su dureza empleo.

Quien por sus enemigos espirando Pide perdon, mejor en tal desao Mostró ser Dios, que el sol y el mar bra mandó

Francisco de Quevedo Villegas.

A LA SANTA CRUZ.

(Antigua version del himno *Vexilla Regis*.)

Del Rey del cielo ondea el estandarte, De la Cruz el misterio resplandece, De la vida el autor muerte padece Y con su muerte vida nos reparte.

Al impulso violento de un soldado, Herido con la lanza cruelmente, Para lavar al hombre delincuente Sangre y agua manó de su costado.

Ya cumplida se vé la profecía Que en dulce verso, fiel David cantaba, Cuando á los pueblos todos anunciaba Que Dios desde un madero reinaria.

¡Árbol el más brillante y más hermoso Con la divina sangre ennoblecido, De tronco digno y fértil escogido Para tocar el cuerpo más precioso!...

¡Feliz! pues en tus brazos enclavado, De los siglos está el Omnipotente; Balanza en que el rescate está pendiente Que quitó á los abismos lo robado.

Yo te saludo, ¡oh Cruz! sola esperanza En este tiempo y días dolorosos; Acrecienta tu gracia á los piosos Y el perdon de tu culpa al reo alcanza.

¡Oh Trinidad de vida clara fuente! Ríndate todo espíritu honor y gloria; Y á los que por la Cruz das la victoria Dirígelos á Dios eternamente.

Á LA CORONA DE ESPINAS.

Ya, espina, no sois espina, Sino flor, Pues os dado el amor El dolor de clavellina.

Esta espina ya no espina: Hombre, llega sin temor, Que para Dios fué dolor Y para tí medicina.

Llega con paso ligero, No te espante ver espina, Que ya en la frente divina Perdió su fuerza y acero.

Allí hirió, aquí no espina; Allí fué espina, aquí flor, Y para Dios fué dolor Y para tí medicina.

Antes fué espina esta espina, Y ahora es flor muy hermosa; Allí fué muy dolorosa, Aquí muy blanda y benigna;

Aquí ahora es clavellina De un encarnado color, Que para Dios fué dolor Y para tí medicina.

CRISTÓBAL CABRELLA, Presbítero del siglo XVI.

SEMANAS SANTAS

Se hallan de venta en la Librería Católica, Puente, 16.

Librería é Imprenta Católica, Puente, número...